

QUE ES LA CONTRA-REVOLUCION?



«Quizá la victoria de la Revolución sólo sea posible una vez acabada la contrarrevolución».

K. Marx, Discurso en el juicio de Colonia (febrero de 1849)

En este período de aceleración de las catástrofes capitalistas, nos parece importante aclarar el concepto mismo de contrarrevolución, y hacerlo a largo plazo de los ciclos políticos proletarios. En efecto, esta característica esencial de una fase histórica que puede durar decenios se reduce con demasiada frecuencia a la afirmación limitada de la reacción inmediata de la burguesía ante el peligro de revolución. Por otra parte, es imposible definir la contrarrevolución sin aclarar primero qué revolución potencial plantea como respuesta. Definir la contrarrevolución es, por tanto, analizar también las condiciones del cambio de época, lo que nos permite apreciar fácticamente un periodo prerrevolucionario sin anunciar cada día su llegada inminente.

Esta desviación, aparte de parecer un optimismo acrítico, sirve sobre todo a todas las sectas de izquierda para mantener movilizadas a sus tropas y justificar así su existencia formal, a menudo más que perjudicial. En su sentido reactivo, la contrarrevolución se considera casi siempre «de derechas» o de extrema derecha. Sin embargo, en varias circunstancias históricas del siglo XX, de Rusia a Alemania, pasando por la España republicana o la China maoísta, fueron el estalinismo y la socialdemocracia quienes actuaron e impusieron los largos periodos de contrarrevolución. Por último, a escala mundial, la contrarrevolución también puede desarrollarse preventivamente, mientras que la revolución sigue siendo sólo un «espectro» o una posibilidad no realizada. Por eso, cuando hablamos de la larga historia de la contrarrevolución, a menudo nos referimos a ella como «fascista, estalinista y democrática», para ilustrar el arco de estas diferentes formalizaciones posibles.

La importancia estratégica de comprender los ciclos políticos proletarios

Fue evidentemente Marx quien teorizó más claramente los ciclos económicos como la estructura básica que da ritmo y condiciona la (sobre) vida de la C.P.M. Estos ciclos económicos dan lugar a fases sucesivas de actividad-crecimiento medio contrapuestas a fases de crisis-estancamiento. *«La vida económica de la industria se transforma en una sucesión de*

períodos de actividad media, prosperidad, superproducción, crisis y estancamiento». K. Marx, Le Capital, livre I, PUF, « Quadrige » p.509-510, Paris, 1993.

Estos ciclos económicos no determinan mecánicamente el ascenso o descenso de las luchas de clase y el nivel de confrontación con la relación social capitalista. Por ello, los ciclos políticos del proletariado son relativamente independientes de los ciclos económicos de valorización capitalista. La vulgata interpreta a menudo la crisis de sobreproducción como único factor actuante, generando así un vínculo automático y no dialéctico entre las crisis económicas y la «obligación» de un estallido social. Vale la pena recordar la crítica de Munis a la determinación automática «crisis económica-revolución»: *« Por la misma razón, se equivocan peligrosamente quienes cuentan con una crisis de superproducción, con sus concomitantes decenas de millones de parados en todos los países, para provocar lo que llaman «el despertar del proletariado». En todo caso, son un siniestro presagio. No sólo tienen una mala idea de cómo funciona el cerebro humano, sino que además creen que la clase obrera es incapaz de atacar al capitalismo si no es a través del hambre. »* G. Munis, Parti-État stalinisme révolution, p.96, Spartacus, Paris, 1975.

Es en la macroeconomía burguesa donde los ciclos políticos están estrictamente determinados por los ciclos económicos, produciendo así la visión típica del materialismo vulgar para el que la crisis económica implica inevitablemente una reanudación de las luchas sociales. Todo lo que queda entonces es esperar a que se produzca una crisis económica importante y «mítica» (vista como una fatalidad interna del capital) para pretender ver en ella el signo inequívoco de la revolución que se avecina. Esta visión ha demostrado su falsedad e inanidad en la historia de los trabajadores. Para tomar el ejemplo clásico de la gran crisis económica que comenzó en 1929 en los EE.UU. y continuó a nivel internacional, no provocó en absoluto movimientos revolucionarios. Al contrario, gracias sobre todo al desarrollo de las medidas económicas keynesianas y a la política de los «nuevos acuerdos», el Estado siguió doblegando al proletariado y preparó ideológicamente su destrucción masiva durante la Segunda Guerra Mundial promoviendo la falsa oposición entre fascismo y antifascismo. Contrariamente a una visión mecanicista, que sólo ve en la crisis su carácter brutal y traumático, la crisis es ante todo una oportunidad para que el capital se reestructure y reorganice, permitiéndole relanzar su expansión mediante una nueva tasa de plusvalía.

« En otras palabras -y el beneficio no es más que otro nombre para la plus-valía, o el plustrabajo, el ciclo de crisis puede explicarse por la sucesiva desaparición y resurgimiento de una tasa de explotación adecuada. » Paul Mattick, Le cycle économique, in Marx et Keynes, p.90, Gallimard, Paris, 1972.

Fue Engels quien ideó un diagrama para ilustrar el ciclo de oscilaciones entre revolución y contra-revolución: *« A este exceso de actividad revolucionaria siguió necesariamente en Inglaterra la inevitable reacción, que a su vez rebasó el punto en que podía haberse mantenido. Tras una serie de oscilaciones, se alcanzó finalmente el nuevo centro de gravedad, que se convirtió en un nuevo punto de partida. »* F. Engels, Socialisme utopique et socialisme scientifique, p. 41, éditions sociales, Paris, 1971. Se trata de un primer intento de definir el ciclo político proletario, cuyo principio y fin están marcados por la discontinuidad entre el predominio de las actividades revolucionarias y la reacción que provocan, antes de estabilizarse y desembocar en una nueva situación, susceptible a su vez, con el tiempo, de dar lugar a un nuevo punto de partida. Este ciclo político proletario se define exclusivamente desde el punto de vista de la lucha política,

cuya mejor expresión es la tendencia a la auto-organización obrera. A diferencia de otras clases revolucionarias del pasado, el proletariado no puede emanciparse progresivamente del modo de producción capitalista sin enfrentarse al Estado, como representante privilegiado de la relación social dominante: la esclavitud asalariada. A diferencia de los períodos de transición entre modos de producción en las sociedades de clases, la transición al comunismo no puede basarse en ningún fundamento material existente en la sociedad capitalista. Dentro del capitalismo, el proletariado sólo ha tenido, tiene y tendrá su fuerza de trabajo que vender al capital para sobrevivir. El único poder que puede pretender tener es el de oponerse radicalmente al sistema social que lo oprime y explota, para revolucionarlo por completo. Las fuerzas productivas, por ejemplo, están totalmente subsumidas al capital y no pueden ser utilizadas de ninguna manera sin ser radicalmente transformadas o destruidas. Lo mismo ocurre con todos los elementos estructurales del PCM, incluidas las «ciencias». Por ello, el período de la dictadura del proletariado para la abolición del trabajo asalariado será el momento indispensable para su superación revolucionaria a fin de llegar a una sociedad comunista.

« En una fase superior de la sociedad comunista, cuando la subordinación esclavizante de los individuos a la división del trabajo haya desaparecido y, con ella, la oposición entre trabajo intelectual y trabajo manual; cuando el trabajo no sea sólo un medio de vida, sino que se convierta él mismo en la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo múltiple de los individuos, las fuerzas productivas también hayan aumentado y todas las fuentes de riqueza colectiva fluyan en abundancia, sólo entonces podrá superarse definitivamente el horizonte limitado de la ley burguesa y la sociedad podrá escribir en sus banderas: «De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades» K. Marx et F. Engels, Critique des programmes de Gotha et d’Erfurt, p. 32, éditions sociales, Paris, 1972.

Además, cuando hablamos de luchas políticas, no nos referimos a las maniobras políticas y tácticas dilatorias empleadas por la burguesía en su dominación democrática, que en última instancia requiere corrupción, intrigas, consenso y compromiso. Para el proletariado revolucionario no hay otro camino que el de la ruptura radical con todos los aspectos del mundo actual mediante la destrucción completa de todos los Estados. El único programa compatible hoy con su situación es el del comunismo integral.

« El gigantesco movimiento de resurgimiento proletario de la primera posguerra, cuyo poder se manifestó a escala mundial y que se organizó en Italia en el sólido partido de 1921, mostró claramente que el postulado urgente era la toma del poder político, y que el proletariado no lo toma por medios legales sino por la insurrección armada, que la mejor oportunidad surge de la derrota militar del propio país y que la forma política que sigue a la victoria es la dictadura del proletariado. La transformación económica y social es una tarea posterior para la que la dictadura crea la primera condición. » A. Bordiga, Le programme révolutionnaire immédiat, 1952.¹

Esquemáticamente, la fase positiva y ascendente del ciclo proletario significa el aumento de

¹Para leer estas tesis en su totalidad, visite el sitio web: <https://www.sinistra.net/lib/bor/bordiga.html> Bordiga, como la gran mayoría de los revolucionarios del pasado y del presente, hace una distinción demasiado clara entre la dictadura ineluctable del proletariado y la transformación económica y social. Los dos aspectos de la revolución están totalmente ligados dialécticamente y deben expresarse, en la medida de lo posible, al mismo tiempo. La revolución «rusa» se centró fundamentalmente en el poder político, la revolución «española» en el poder social. Debemos comprender que ambos son inseparables e igualmente importantes si queremos que la transformación radical de la sociedad tenga alguna posibilidad de triunfar en todo el mundo.

poder de la independencia de clase hacia un choque frontal contra el Estado y la clase asalariada. Este ascenso de poder significa un aumento de los elementos cuantitativos (aumento del número de huelgas y acciones obreras) y cualitativos (desarrollo de comités políticos de fábrica, asambleas obreras independientes, etc., publicaciones, agitaciones, propaganda, sabotajes, etc.) concretando la efervescencia del proceso de organización del proletariado en clase para sí mismo. Es en el desarrollo de esta afirmación creciente donde se superan las debilidades; donde las lecciones aprendidas del pasado se convierten en nuevas orientaciones de lucha y donde se avanza, **cuando se plantea concretamente la cuestión del poder**, hacia una situación potencialmente revolucionaria. Es entonces el momento de la posible constitución centralizada e internacional del partido de clase. El curso de la historia se desplaza así hacia la revolución.

En cambio, en la fase declinante y negativa del ciclo, predominan la desmoralización, el sentimiento de derrota y el regreso al sálvese quien pueda. Es hora de retirarse, preferiblemente en buena lid. Reaparece la competencia entre proletarios y desaparecen los lazos de solidaridad que habían surgido de la lucha común. Es también el momento de la dislocación y disolución de los órganos políticos que el proletariado se había dado para dirigir sus luchas. Las estructuras de consenso y de encuadramiento capitalista, sindicatos, «partitocracias» y demás, recuperan el mando y disuelven la clase en el pueblo y sus representaciones electorales. Se vuelve a la lúgubre paz social y a la supervivencia individual. La contrarrevolución, adopte la forma que adopte, se despliega de nuevo en toda su lógica totalitaria: aumento de la explotación y desastres bélicos climáticos, sanitarios, etc.

Les temps longs de la contre-révolution

Estamos, como he dicho, en el nivel de la historia mundial de la clase obrera y sus posibilidades o no de cambiar el mundo. Si tomamos el corto siglo XX (desde el punto de vista de los siglos de dominación capitalista) las «ventanas de fuego revolucionario» fueron muy breves; esencialmente a principios de siglo con la oleada revolucionaria de 1917-1923 (estas fechas son indicativas y no fijas) y justo antes de la Segunda Guerra Mundial con los acontecimientos en España de 1931-1937. En el primero de estos periodos, la contrarrevolución se manifestó primero en forma de reacción de los «blancos», u otros «cuerpos libres» que anticiparon la aparición de movimientos fascistas. Pero el impacto contrarrevolucionario más poderoso fue el del estalinismo, producido en el corazón mismo de la derrota de la revolución bolchevique. El estalinismo se perpetuó bajo formas cada vez más dramáticas y grotescas: maoísmo, polpotismo, castrismo, hoxhismo, madurismo, etc. Pues bien, tras la muerte de Stalin (1953), sigue haciendo estragos de forma abominable, no sólo como regímenes, sino también como formaciones políticas «marxista-leninistas» en muchos países del mundo². Poco antes del triunfo contrarrevolucionario del estalinismo, aparecieron los movimientos fascistas, primero en Italia (1919) y luego en Alemania (1922), para completar la labor desmovilizadora y represiva iniciada por la socialdemocracia en su abrazo total y mundial al nacionalismo, la guerra y los aparatos del Estado burgués. El fascismo y el

²Pour le lecteur en espagnol nous conseillons sur ce sujet la brochure du grupo Barbaria : « El estalinismo, bandera roja del capital » publiée en 2022 et sur le site web : [https://barbaria.net/2022/09/19/el-estalinismo-bandera-roja-del-capital/\(barbaria@riseup.net : ceci est une adresse mail\)](https://barbaria.net/2022/09/19/el-estalinismo-bandera-roja-del-capital/(barbaria@riseup.net : ceci est une adresse mail))

estalinismo se influenciaron y copiaron mutuamente en muchos ámbitos (estructura militar, líder carismático, culto a la fuerza, represión abierta de todos los opositores, antisemitismo, concepciones morales y artísticas reaccionarias, espectáculo concentrado, etc.), pareciendo a menudo dos caras complementarias y «opuestas» de una misma moneda contrarrevolucionaria, o incluso simples variantes de una misma ideología democrática y dictatorial.

« *Le fait historique que l'ennemi le pire et aussi le plus intime de la démocratie est aujourd'hui non pas Herr Hitler, mais la « démocratie » elle-même, voilà le « secret » que dissimulent les batailles verbales entre le « totalitarisme » et « l'antitotalitarisme », autant que la lutte diplomatique et militaire d'une tout autre importance qui oppose l'Axe au groupe anglo-saxon des puissances impérialistes.* » Karl Korsch, *Marxisme et contre-révolution*, p. 200-201, Seuil, Paris, 1975.

Como Bordiga³, fue el mismo Korsch quien dijo: « *Sería quedarse corto decir que las sociedades explotadoras actuales han conservado y adoptado rasgos fascistas: el fascismo derrotado ha conquistado a sus vencedores.* » idem, p.209. Del mismo modo, O. Rühle caracterizó al fascismo y al estalinismo (bajo el ambiguo término de «bolchevismo») como «fascismo marrón» y «fascismo rojo» y recordó la responsabilidad histórica de la socialdemocracia en el aplastamiento del proletariado y el advenimiento del fascismo.

« *Su naturaleza profundamente burguesa (la de los socialdemócratas alemanes), que había quedado al descubierto en las horas decisivas, les llevó una vez más por el camino del oportunismo. Era el camino de la tregua, de la colaboración de clases, del frente popular con los demócratas y los clericales. La línea divisoria entre proletariado y burguesía fue empujada de nuevo a la propia clase burguesa entre pequeña burguesía y gran burguesía. El proletariado ya no tenía representación propia. La lucha de clases sólo se libraba mediante pseudo-combatientes y estaba prácticamente liquidada.* » Otto Rühle, *Fascisme brun, fascisme rouge*, p.55, Spartacus, Paris, 1975.⁴

La contrarrevolución se afirmaba así en sus tres formas complementarias: fascista, estalinista y democrática. Esta última se impondría despóticamente en Europa Occidental, mientras que el estalinismo se mantendría con algunas dificultades en Europa Oriental (revueltas proletarias en Berlín 1953, Hungría 1956, Polonia 1980/82). La democracia y su contenido social -la socialdemocracia- mostraron también su mayor fortaleza en la gestión tanto de la economía como de los conflictos sociales que, si bien no desaparecieron, se mantuvieron en su mayor parte dentro del estricto marco de la legalidad democrática (con la notable excepción de la situación en Italia durante el periodo conocido como los «años de plomo», de 1967 a 1983). Pero no fueron más que sacudidas⁵ que, a escala mundial, no supusieron un giro sustancial del ciclo político y que, como en el caso de mayo de 1968 en Francia, fueron ampliamente sobrecalificados como movimientos revolucionarios cuando, una vez más, no eran más que

³Bordiga lideró la lucha contra el estalinismo directamente y contra el propio Stalin. Dedicó numerosas conferencias y textos a este tema, entre ellos: *Dialogue avec Staline* (1953) et *Dialogue avec les morts* (1957). <https://www.quinterna.org/lingue/francais/historique/fr/dialogueaveclemorts.pdf>

⁴Otto Rühle no tiene toda la razón. De hecho, una buena parte de la socialdemocracia, y una parte creciente de ella, tomó el camino del oportunismo desde su nacimiento, pero dejó de ser oportunista en su totalidad en cuanto apoyó la participación en la primera carnicería mundial llamando a todos los proletarios a defender su propia patria bajo diversas justificaciones. La socialdemocracia ha pasado enteramente, con armas y bagajes, al campo de la burguesía. Léon Blum lo confirmó abiertamente cuando dijo que los «socialistas» eran ahora buenos administradores de los asuntos capitalistas.

⁵Otras grandes revueltas obreras, como el Cordobazo en Argentina en 1969 o los acontecimientos de Vitoria en España en 1976, habrían podido conducir a un giro positivo e internacional del ciclo político proletario. Pero cada vez, estas revueltas fueron aplastadas con derramamiento de sangre, «en pequeños racimos» y localmente, sin poder acumularse para convertirse en esta gran transformación política.

una protesta, aunque masiva, pero que en modo alguno cuestionaba los fundamentos del sistema capitalista y, por tanto, del trabajo asalariado. La ilusión revolucionaria de los años 70, promovida por los izquierdistas y la izquierda capitalista, no hizo más que prolongar el carácter contrarrevolucionario del periodo a través de la desilusión generalizada que provocó. La anunciada gran noche no fue más que el fogonazo de la madrugada. El proletario regresó con resaca a la colonia penal. Su lamentable práctica se muestra claramente aquí, en un vídeo de junio de 1968, ante un obrero de Wonder que no quiere volver al trabajo.⁶ La fuerza de la contrarrevolución democrática ha sido su capacidad para mantener su plomizo control sobre la sociedad civil de forma mucho más duradera y profunda que las formas más «dictatoriales» de contrarrevolución, gestionando adecuadamente los conflictos, incluso los violentos, y logrando presentarse como el modelo más viable y «menos malo» para la continuación de la explotación capitalista. Pero, y esto no debe olvidarse, esta forma democrática debe fundamentalmente su supervivencia a las formas a las que falsamente pretende oponerse, el fascismo, por un lado, y el estalinismo, por otro. Lo más importante para todas estas formas de dominación política es que el capitalismo no sea derribado por la única fuerza que puede hacerlo, el proletariado, la clase de los explotados.

« Más que ningún otro periodo de la historia contemporánea, y a una escala mucho mayor, el nuestro no es un periodo de revolución, sino de contrarrevolución. » K. Korsch, L'État et la contre-révolution, 1939, in : Marxisme et contre-révolution, déjà cité, p.179.

Cambio de ciclo político y situación revolucionaria

Por tanto, la duración negativa del ciclo político contrarrevolucionario puede durar muchas décadas, mientras que su ruptura cualitativa y la apertura de un periodo prerrevolucionario requieren una conjunción de múltiples factores, tanto objetivos como subjetivos, que hacen que este tipo de periodo se afirme durante un periodo muy corto. Contrariamente a la teoría de Trotsky, es la contrarrevolución la que debería haber sido declarada «permanente», mientras que la revolución representa una discontinuidad fugaz durante largos periodos.

*«La tarea de los contrarrevolucionarios es simplemente defender la sociedad y los principios de una comunidad de orden. No es una tarea espectacular, **no tiene victoria final**, logra sus éxitos en la mente y el corazón más que en el foro. »* T. Molnar, La contre-révolution, p. 228, 10/18, Paris, 1972.

En Rusia, tras la primera revolución «democrático-burguesa» de febrero de 1917, hubo que esperar a que la situación madurara, hasta septiembre y la mayoría obtenida por los bolcheviques en los soviets, para empezar a percibir la apertura de una posibilidad revolucionaria proletaria, mientras que los acontecimientos del 17 de julio habían demostrado que la situación aún no estaba suficientemente madura. Fue el «genio» de Lenin comprender la apertura de un nuevo período (tras el intento de golpe contrarrevolucionario de Kornílov a finales de agosto) y **la actualidad de la revolución.**

«Por otra parte, el genio que tiene una clara conciencia de la verdadera tendencia general de una época, una tendencia cuya influencia está viva y vigente, la ve actuar precisamente detrás de todos los acontecimientos de su tiempo; por lo tanto, también se ocupa de los problemas fundamentales

⁶« La reprise du travail aux usines Wonder » (1968-2007) sur : <https://www.youtube.com/watch?v=ht1RkTMY0h4>

decisivos de todo el periodo, aunque él mismo piense que sólo está hablando de los temas del día. » G. Lukacs, *La pensée de Lénine*, p.9, éditions Denoël, Paris, 1972.

Sólo en el curso de octubre de 1917 los bolcheviques más conscientes tuvieron que luchar enérgicamente (contra el ala moderada y conciliadora de la mayoría del partido dirigida por Kámenev, Zinóviev y Stalin) para imponer la comprensión del cambio de período y la necesaria preparación militar de la insurrección. Fue obviamente como resultado de esta prodigiosa experiencia histórica que Lenin fue capaz de conceptualizar las condiciones fundamentales de una situación revolucionaria, aunque su definición se utilizara a menudo de forma excesivamente mecánica y automática.

*« (...)xPara que se produzca la revolución, no basta con que las masas explotadas y oprimidas tomen conciencia de la imposibilidad de vivir como en el pasado y exijan el cambio. Para que se produzca la revolución es necesario que los explotadores no puedan vivir y gobernar como lo hacían en el pasado. Sólo cuando «los de abajo» ya no quieran, y «los de arriba» ya no puedan seguir viviendo a la vieja usanza, podrá triunfar la revolución. Esta verdad se expresa en otros términos: la revolución es imposible sin una crisis nacional (que afecte tanto a los explotados como a los explotadores). Por tanto, para que se produzca una revolución, es necesario: en primer lugar, que la mayoría de los trabajadores (o, en todo caso, la mayoría de los trabajadores conscientes, reflexivos y políticamente activos) hayan comprendido plenamente la necesidad de la revolución y estén dispuestos a morir por ella; en segundo lugar, las clases dominantes deben atravesar una crisis gubernamental que atraiga a la vida política incluso a las masas más atrasadas (el índice de toda verdadera revolución es una rápida multiplicación por diez, o incluso por cien, del número de hombres capaces de luchar políticamente, entre la masa trabajadora y oprimida, hasta entonces apática), que debilite al gobierno y haga posible que los revolucionarios provoquen su rápido derrocamiento. ». Lénine, *La maladie infantile du communisme (le gauchisme)*, p.87, éditions de Moscou, 1969.*

Esta definición de la transición a una situación revolucionaria es, sin embargo, rica en precisiones y define fundamentalmente las condiciones políticas y sociales de la posibilidad revolucionaria. En efecto, la necesidad de una crisis que afecte tanto a «los de arriba como a los de abajo» no puede reducirse a una crisis económica, sino que debe concebirse como una crisis política general para la burguesía, que la incapacita para continuar su función de gestora del proceso de valorización, y una crisis política de afirmación para el proletariado, que se transforma radicalmente en sujeto activo, voluntario y consciente. La insurrección y la toma revolucionaria del poder no son concebibles ni realizables sin la conjunción de estas dos «crisis» que, si bien interactúan dialécticamente entre sí, no tienen ni el mismo origen ni la misma dinámica. Esto explica también el carácter muy difícil de la alquimia revolucionaria y la relativa brevedad con que se mantiene su carácter favorable.

La inversión irreversible de la relación de fuerzas y el cambio de época rara vez son identificables en su momento por los actores. Es en este sentido que la conciencia de clase siempre va por detrás de la acción de las minorías agitadoras y debe, como explica Lukács, ser «atribuida» al sujeto revolucionario en el curso mismo del proceso. Esta dificultad se refleja en el hecho de que muchos revolucionarios del pasado se «retrasaron» con demasiada frecuencia, por un exceso de optimismo, dándose cuenta sólo a posteriori de que la situación había cambiado y de que el momento de la revolución había pasado. Como resultado, no elaboraron una retirada estratégica clara, que era la única forma de evitar una reacción catastrófica. Estas tácticas y maniobras oportunistas, adoptadas sobre todo por la Internacional

Comunista a partir de su II Congreso, tenían como objetivo estancarse en la ilusoria expectativa de una reanudación del ciclo revolucionario. Estas estrategias y tácticas dilatorias heredadas de la socialdemocracia, en lugar de mantener una dirección internacional e internacionalista, reforzaron fuertemente la naturaleza a largo plazo de la contrarrevolución. El estalinismo, con su socialismo de un solo país, su frontismo interclasista y su lamentable «tercermundismo», se convirtió en la manifestación más siniestra de esto, perpetuando la postura y la frase revolucionarias sólo para traicionar su esencia subversiva fundamental. Esta fue la gran «mentira desconcertante» (A. Ciliga). Con respecto a los acontecimientos en España, damos la palabra a Karl Korsch que «*señalaba que la guerra civil española, lejos de inaugurar una fase nueva y positiva en la relación entre guerra y revolución, había servido de ensayo general de la Segunda Guerra Mundial. Pero los acontecimientos históricos casi siempre cambian de significado con el paso del tiempo: antes de ser el preludio práctico e ideológico de la conflagración planetaria, la guerra social española había constituido la fase final del proceso revolucionario puesto en marcha en abril de 1931*» K. Korsch, p. 242.⁷

La evaluación del cambio y de la inversión de la relación de fuerzas entre las clases es un elemento esencial para la comprensión del período que vivimos y para la adaptación razonada de las prioridades en las tareas y actividades de los comunistas, que deben corresponder bien a los períodos desfavorables, bien a los períodos más efervescentes y entusiastas de prosperidad. El peligro voluntarista de «tomar los sueños por realidades» existe tanto o más que el peligro localista de no percibir el aliento proletario y de encerrarse en una rutina paralizante. Desde «Medianoche en el siglo» hasta «El asalto al cielo», hay una acumulación de innumerables elementos cuantitativos, tanto «objetivos» como «subjetivos», que deben ser analizados precisamente para comprender la transformación cualitativa de la larga contrarrevolución en una nueva oleada revolucionaria mundial portadora de la solución comunista. El debate y la confrontación sobre estos aspectos son, pues, esenciales para los camaradas que quieran comprender la situación para intervenir adecuadamente, sin activismo ni academicismo, en la dinámica actual.

Que estas pocas notas sirvan para estimular el debate.

Fj, Eu, Ms & Mm.

⁷La Guerra Civil española sólo sirvió como ensayo general de la Segunda Guerra Mundial **porque la revolución social había sido derrotada** allí, básicamente gracias al estalinismo a las órdenes de Moscú. Además, hizo falta todo el peso de la ideología dominante para imponer al proletariado mundial otra desconcertante mentira: en España, supuestamente, se enfrentaban dos campos, el de la república democrática y el del fascismo. La burguesía mundial, todas las tendencias y facciones juntas, tenía todo el interés en que el proletariado mundial no percibiera que se estaba produciendo una revolución proletaria, para que no se solidarizara activamente con ella.

Bibliografia

Obras :

- F. Engels, Socialisme utopique et socialisme scientifique, éditions sociales, Paris, 1971.
- K. Korsch, Marxisme et contre-révolution, Seuil, Paris, 1975.
- V. Lénine, La maladie infantile du communisme (le gauchisme), éditions de Moscou, 1969.
- G. Lukacs, La pensée de Lénine, éditions Denoël, Paris, 1972.
- K. Marx, Le Capital, livre I, PUF, « Quadrige », Paris, 1993.
- K. Marx et F. Engels, Critique des programmes de Gotha et d'Erfurt, éditions sociales, Paris, 1972.
- P. Mattick, Marx et Keynes, Gallimard, Paris, 1972.
- T. Molnar, La contre-révolution, 10/18, Paris, 1972.
- G. Munis, Parti-État stalinisme révolution, Spartacus, Paris, 1975.
- O. Rühle, Fascisme brun, fascisme rouge, Spartacus, Paris, 1975.

Sitios web :

- A. Bordiga, Dialogue avec les morts, 1957, sur Quintera.org : https://www.quintera.org/lingue/francais/historique_fr/dialogue_avec_les_morts.pdf
- A. Bordiga, Le programme révolutionnaire immédiat, 1952, sur Bibliothèque Internationale de la Gauche Communiste: <https://www.sinistra.net/lib/bor/bordiga.html>
- Matériaux Critiques N°1, « Quelques éléments de réflexion sur la période de transition », ainsi que sur notre site web : <https://materiauxcritiques.wixsite.com/monsite/textes>.